

La casa, un jardín en el cielo



Ethel Gilmour. Sin título. Óleo sobre papel. 160 x 180 cm. Aprox. 1974. Colección privada

Toda casa es un mundo, sus habitantes, sus dioses. Un túnel, que toma unos cuantos segundos cruzar, nos da el tiempo justo de terminar de alistar la visita. Adentro, un espejo nos deja ver por última vez las ansias y la carga de melancolía y realidad que llevamos a cuestras, previo al encuentro, una versión de nosotros

en la misma gama del gris basalto de la calle, el azul petróleo del asfalto y el bermellón ladrillo de la maraña de edificios en rededor.

Hay quienes dicen que si te despejas lo suficiente, el espejo te dejará ver las caras de decenas de animales que muy adentro de vos se

encuentran. Rasgos de perro, canario, mono, gato o caballo cambian como máquina tragamonedas con cada parpadeo. Yo he llegado con cara de oso, de vaca, culebra y gato.

Luego, la compuerta del túnel se abre y con la cara que tengas, estás *ad portas* de la casa, afuera, pero justo en el centro de ella, rodeado de besitos por doquier. Y sí, esta casa es al revés. Se ingresa por dentro, justo por un agujero en el centro de un mundo mágico.

Un intrincado y delicioso jardín infinito que se abre y se pierde en todas direcciones aguarda afuera del portón. Besitos, rojos, blancos y rosados, se conjugan en una danza vibrante que incita el ensueño. Ese jardín vertical es un todo en un tiempo cósmico que, aun durando un segundo, permanece para siempre en uno. Es sencillamente eterno. La suma de los muchos verdes, atrás de los coloridos besitos, resguardan tras de sí el misterio del espacio más fascinante del corazón de esta *esquizza*, desbordada y deseante ciudad.

Como en cualquier lugar especial, existen reglas mínimas pero claras. No hay visita sin acuerdo, sin invitación; esta es la primera, y quizá la única, pensándolo bien. De resto, cualquier cosa es posible, como que los objetos vuelen por ahí, solos, a su antojo y libre albedrío, o que una hora dure un segundo y un segundo un día.

Ser convidado no es fácil; podría equipararse a una recompensa, un reconocimiento, algo simplemente tan majestuoso como un regalo anhelado y necesario, pero inesperado.

El ritual prosigue con la aparición, casi al unísono, de los tres anfitriones, después del tintinear del timbre. La puerta, al tiempo que los corazones de Ethel, Jorge y Rosa María de la Lluvia se abren de par en par en esta casa en el aire de la familia Uribe Gilmour de la Lluvia, y comienza el hechizo. Ya en el interior, uno queda-

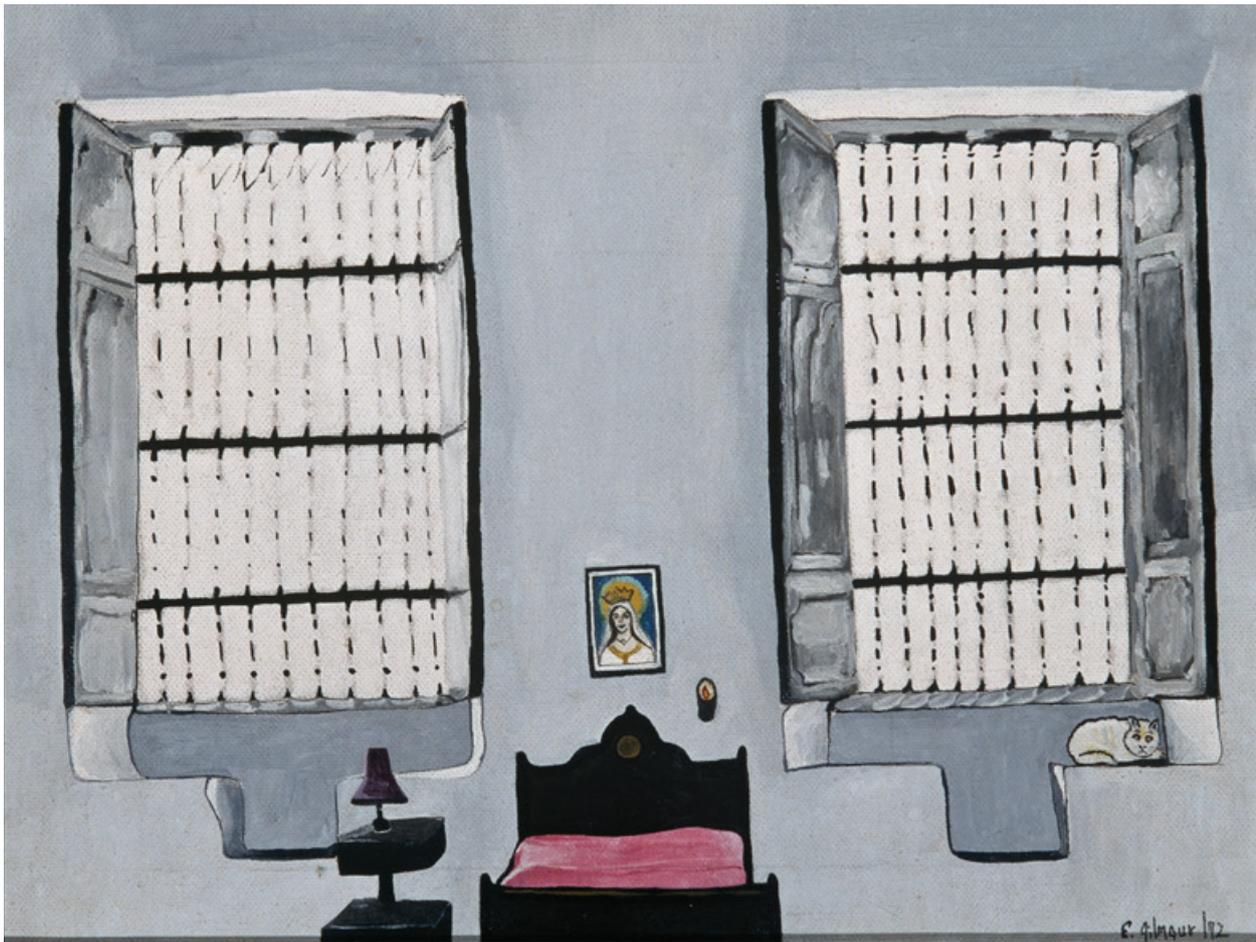
ba a merced de un amor sin tiempo en un paisaje aterciopelado y fresco, con calor de ruana de lana, aroma a jazmín de noche y un sabor de labios casi psicodélico, multicolor inolvidable.

Del jardín, contenido infinito de besitos, la puerta de la casa te pasa a la sala que, a la vez, es patio, solar y, al rato, sabana extensa y verde quemado. Este espacio tiene la propiedad de extenderse y multiplicarse con cada paso que uno da. Cada huella viene acompañada de un nuevo horizonte, cada vez más diáfano, lejano y asombroso.

Nada está inerte, todo respira y susurra. Los muebles, las mesas, las porcelanas tienen un parlamento alegre que no da lugar a silencio incómodo. Las ventanas de colores se funden con las pinturas, al punto que nunca es claro qué es cristal y qué es tela. Hay ventanas en el cielo, las paredes y el piso, así mismo, lienzos en cada hendidija y área disponible. Las superficies son, a la vez, pinturas. No existe un centímetro cuadrado sin color.

La casa, como cualquier casona paisa, creció alrededor de un patio central donde está aquel jardín infinito y el raro túnel del espejo. Los laterales, que son cuatro, tienen innumerables cuartos en galería que permiten ir recorriendo el circuito y, a la vez, dar la vuelta al mundo. Para el periplo tienes dos opciones, iniciar por la cocina y terminar por los estudios o viceversa. Cualquiera que sea el orden, siempre tendrás tiempo de encontrar entre los espacios de habitación selvas, mares, picos nevados y hasta el arca de Noé con todas las especies de esta tierra, además de personajes como papas, obispos o gendarmes. Ethel y Jorge salen a tu encuentro en cada rincón, de la manera menos esperada. Si vuelves a dar la vuelta, todo cambiará, será otro mundo, y otro y otro más cada vez.

La energía de la casa emana de la parte opuesta a la sala. Desde allí bombea su corazón: el cuarto nupcial. Dos catres metálicos, unidos



Ethel Gilmour. Serie *Hotel de Sonsón 1*. Óleo sobre tela. 33 x 44 cm. 1972. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

pero separados, de color apastelado, con tendido de encajes, respira lenta y plácidamente de día, mientras duerme una larga siesta solar.

Flores, muchas flores crecen también en el interior. Cayenas enormes, girasoles diminutos, y rocío de guayacán amarillo se derrama por los pasillos que, en ocasiones, parecen calles de un pueblo encantado de Semana Santa.

La cocina, de techo de sol, no podría ser distinta. Una estufa blanca impoluta es lo único en la casa que no tiene color. Allí se preparan los colores, los alimentos del espíritu y el amargo café necesario para endulzar la vida.

Recuerdo que la última vez que fui invitado, *La última silla*, un mueble majestuoso que fuera creado para la sentencia de la orden de fuego e inicio del cataclismo nuclear en 1983 –en plena Guerra Fría–, conversaba gentilmente con la poltrona de flores y debatían sobre el color con el que iría a terminar el vestido de Ethel al final de la tarde; mientras tanto, Lluvia jugueteaba con otros tantos animales que cobraban vida al son de su latir y se escondía bajo el sillón de madera calado con dragones en sus brazos, y garras en sus patas, que había ganado el papá de Jorge en una rifa en el Club Unión y que llegó hacía más de un siglo de China, como quien busca refugio en un ser todopoderoso.

En tanto, Jorge iba por un vino dulce como su mirada, caminando lento, al mismo ritmo que se acicalaba con la mano derecha los cabellos sedosos y largos de plata, tratando inoficiosamente de dar algo de control a una parte suya que, claramente, él mismo sabía, tenía su propia voluntad.

Ethel no dejaba aparecer silencio sin cantar y, a la vez, espantar su entrada, y comenzaba su arrullo con un acento de niña que nunca perdió su origen sureño, pues jamás copió las eses sinuosas del sonar de esta tierra. Ella llegó de muy lejos, había caminado el mundo sin soñar nunca en atracar su nave pasajera en un alto valle de los Andes. Lo que sí tenía claro, era que donde fuera el amor, allí sembraría su casa. Ahora, esta gringa de ojos de muñeca, cola trenzada y cuerpo de bailarina, narra el mundo desde su llanura, desde esa sabana que se abría y cerraba al capricho de sus historias, que enlazaba batiendo los brazos con la delicadeza de Giselle tras deshojar la margarita, y cantaba historias con colores sobre lienzos, a la par que Jorge lo hacía con acuarela sobre papeles enormes donde cabía la iglesia más grande del mundo hecha con ladrillos, dejando espacio para las hojas de los cuernos verdes de venado que se desparramaban buscando las figuritas brillantes del San Alejo de los sábados, cada mes en la mañana.

Nada extraordinario pasa en los encuentros, pues todo lo imposible es normal en esta casa en el aire que había cantado Escalona y sembraron Jorge y Ethel con el abono de amor verde y la verdad del arte. Un centenar de metros sobre el suelo dejan a esta casa, que más pareciera un faro, ver la miseria humana que habita las luctuosas calles en la noche y las vivarachas alegrías de gente que la cruza y la vive de día.

Pero el tiempo pasa y la eternidad se resguarda en los corazones. El túnel fue cerrado hace unos días. Ya no hay cómo llegar a la casa en el aire, al menos yo no creo poder entrar, a no ser que algo extraordinario ocurra, cosa que no es del todo imposible. Es mejor no intentarlo. Supe, con pesar, que Lluvia dejó de mojar las huertas hace poco y las paredes han comenzado a extrañar las faenas del hogar, que se irrigaba con el corazón desde el cuarto matrimonial, y a aquella estufa blanca de mil colores desde la cocina. Jorge, en este momento, está solo, arriba en la casa, viendo el mar a lo lejos por su balcón, desde donde Ethel, bañándose en la fuente eterna de vida, lo contempla e ilumina con sus ojos celestes, esperando el momento para volver a su mundo, a su reino, a su casa.

Oscar Roldán-Alzate

Coda

Toda casa es un mundo, y nosotros en ella fungimos de dioses. Esta *Agenda Cultural Alma Máter*, está dedicada a esos mundos que construimos con cada aliento. Ethel Gilmour nos acompaña con su casa, que también es la de Jorge Uribe. Camila Charry Noriega, Orlando Gallo Isaza, Pedro Arturo Estrada, Luis Germán Sierra J., Judith Nieto, Evelio Rosero, Juan Carlos Orrego, Óscar Castro García, Olga María Echavarría Ruiz, Marta Alicia Pérez Gómez, Francisco Pulgarín Hernández, David Betancourt, María Adelaida Echeverri Villa y Roberto Arlt nos acompañan con poemas y narraciones en una edición especial que valora lo que la vida nos ha enseñado a construir: la casa.